VOLUTAS DE HUMO

Parte I

Cuando entré en el sanatorio de Sant Poliers iba con una maleta en la mano y una carta de recomendación en la otra. Eso. y la intuición de que no debería haber ido allí.

El edificio era un monasterio con sus buenos 600 años a las espaldas. Piedra recta, contundente a la vista, erosionada por las pisadas de mil fantasmas y un silencio que tanto podía ser de oración como de cementerio.

Aunque se habían esforzado por limpiar ese aire sacro que oscurece cualquier hospital, más si era un psiquiátrico, aún quedaba algo. Algo impreciso, algo omnipresente en el aire, algo que no olía ni bien ni mal, pero que olía. Las letras de dios, que decía mi madre cada vez que se enfrentaba con sotanas.

Me preguntaba que pensaría si me viese allí, subiendo las escaleras, rumbo al despacho de mi nuevo jefe. Supuse que lo solventaría agradeciendo a Jesús que entrara como médico y no como loco. Y se reiría.

Durante la guerra, la Cruz Roja había hecho de aquel lugar un hospital; tras la paz lo habían dejado en "sanatorio". Después el gobierno se había hecho cargo y lo poco de decente que allí hubiese habido se esfumó.

El director me recibió sin mucho interés. Era un hombre encanecido, con una barba digna del mejor de sus pacientes y una barriga que su bata casi llegaba a disimular. Yo era un novato, recién orneado en la Salpêtrière. Aún era muy inexperto. Portaba mi título universitario y ese ademán rígido del que sospecha que va a romper un jarrón en cualquier momento.

—¿Ha trabajado usted en centros de este tipo? —preguntó sin mirarme, revolviendo unos papeles en el cajón de su escritorio.

—No, este sería el primero. Le traigo una carta del...

—Si, no te preocupes —Me cortó, mientras dejaba un montoncito de carpetas entre los dos— Ya he hablado con monsieur Charcot. ¿Tienes alguna duda?

Le miré sorprendido. Esperaba una entrevista más larga, pero dado que eso no era en si una duda, pues fui al grano.

—¿Cuándo empiezo?

El director se levantó, con el aire tenso y apresurado de quien tiene algo más importante que hacer.

—En cuanto deshaga la maleta. Pregunte abajo por Doña Élise y que le lleve a su habitación. Esto —señaló el montoncito de carpetas— son sus nuevos pacientes. Si tiene algún problema, coméntemelo.

Parte II

La lámpara parecía zumbiar en el techo como un mosquito. La luz titilaba; quizá de miedo, quizá de frío. De vez en cuando se apagaba y dejaba la sala en una penumbra que, al menos para mí, resultaba impropia de un sanatorio mental.

Pero siendo sincero, un psiquiátrico en un monasterio oscuro, frío y gris era un chiste que se escribía solo.

Llevaba ya cuatro horas preguntándome si aquel cacharro podía estallarme encima. Cada vez que una enfermera se marchaba con el paciente de turno miraba el techo, donde aquella luz azulada parecía querer irse al mismo sitio que yo: a la mierda.

Tenía unos minutos mientras me traían al sexto paciente para revisar su carpetita amarilla y sustituir “sexto” por un nombre.

Con un lápiz iba subrayando lo que más atraía mi atención. La carpeta de July, que así se llamaba, no tenía prácticamente nada útil. Edad, estado civil y ocupación. “Autolesiones graves” “Neurosis de guerra” “Trato atípico”

La enfermera llamó a la puerta y entró mientras le daba vueltas al significado de “trato atípico”. Llevaba del brazo a July, que aparentaba los 24 que acababa de

leer en su ficha. Iba con un vestido azul celeste, el pelo recogido en una coleta y los ojos vendados. Me llamó la atención que nadie hubiese dejado constancia de que estaba ciega.

La mujer le ayudó a sentarse con el ademán aséptico que hace la práctica. Yo observaba a la chica, con la confianza de quien sabe que no le van a devolver la mirada. Era bonita, paliducha, con el pelo negro y la postura erguida, pero relajada, de quien sabe mantener la dignidad incluso en los momentos más bajos.

—July, ¿verdad? Soy el Doctor Jean-Luc —Ella asintió, con una sonrisa protocolaria—. A partir de ahora voy a ser quien te trate, ¿llevas mucho aquí?

—Cinco años.

—¿Cinco? —repetí, sorprendido—. Creía que este sanatorio solo tenía tres.

—Así es —Su voz era suave, pero firme. Transmitía seguridad—, pero yo estuve antes de que fuera un manicomio, cuando solo era un hospital.

En el expediente no mencionaba nada de aquello. Aunque bien es cierto que en el expediente no se mencionaba nada de absolutamente nada.

—¿Y cómo acabaste en el hospital? —Ella se encogió de hombros y se señaló el vendaje. Tenía sentido, mucha gente había resultado mutilada durante la guerra.

—¿Y qué hacías antes? —Hubiese sido más lógico preguntarle como acabó ciega, pero necesitaba tener primero un expediente con unos mínimos.

—Durante la guerra fui enfermera.

—¿Y antes?

—Una cría.

—July —hice una breve pausa, notando que no tenía mucho interés en hablar—, ¿Qué crees que vamos a lograr con esta terapia?

—Bueno —contestó, divertida, como si la hubiera pillado haciendo una travesura—. Hay dos opciones. La primera, nada. La segunda, nada; pero me das conversación. No sé si lo habrás notado, pero aquí la gente es muy sosa.

Parte III

Olía a tostadas. El director no parecía importarle que ya hubiera acabado de hablar, que fuese el momento para contestar.

Me había mirado a mí y a su desayuno. De manera alternante, mientras le explicaba todos los problemas que había tenido en mi primer día.

—Disculpe, pero debe haber algún error. Mis expedientes están vacíos. Apenas tengo datos sobre los pacientes, en algunos ni siquiera el nombre.

El seguía masticando.

—Perdone, ¿me está escuchando?

Silencio. Tragó. Bebió un sorbo del café. Me miró por encima de las gafas.

—¿Tiene usted acceso a sus pacientes, no es así? —inquirió, con cierto rentintín.

—Así es. Pero eso no...

—Pues pregúnteles a ellos. Este hospital requiere mucho trabajo, joven. Tenemos prioridades. El nombre de sus pacientes es importante, sin duda. Pero tenga en cuenta —abrió las manos frente a sí, algo encorvado sobre su comida, intentando enfatizar sus palabras— que son, en su mayoría, personas que ni siquiera responderían aunque los llamasen por el.

Abrí la boca para contestar, pero me callé. Hacerle ver que eso era una estupidez era inútil. Él director, o ya lo sabía y le daba igual, o era tan necio que no lo convencería.

—Aunque eso fuese así —repose, mirándolo fijamente— necesito un historial clínico. No puedo tratar a alguien sin saber si tiene lesiones cerebrales o psicosis de guerra.

—Te entiendo muchacho. Pero poco puedo hacer.

—¿No han llevado un registro de las intervenciones, las medicaciones, ingresos o...?

—No hay fondos. No hay personal. No hay tiempo. La prioridad es el día a día —me interrumpió, con un tono paternalista que empezaba a ponerme de los nervios.

—Bueno, disculpe. Pero no parece usted muy ocupado. ¿Por qué no baja a tomar registros, si tan justos vamos?

El hombre se tensó al momento. Durante un segundo dudé. ¿Sería capaz de lanzarme su taza? Sus ojos parecían sulfurar rabia. No me hacía falta ninguna formación en psicodinámica para ver todos sus pulsos animales a punto de escapársele por la boca.

Pero no lo hizo. Bebió otro sorbo, se limpió la boca con un pañuelo y suspiró.

—¿Eres muy listo verdad? Muy capaz, muy formado, muy, muy y muy —alzó la mano, dibujando círculos con el dedo—. Mira, te lo voy a explicar despacito, para que te entré bien en la cabecita. Aquí no importamos ni tú ni yo. No importan ni uno solo de los tarados de las plantas de abajo. No importa una mierda el propio monasterio ni, si me apuras, esta puñetera región de Francia. Somos el culo del mundo, el culo de la medicina y tratamos con el culo...No, con la mierda, con la mierda directamente, de la sociedad. ¿Crees que importa un puto papelito?

Aguanté el chaparrón sin moverme. Sin abrir la boca. No iba a conseguir nada de ese tipo y no pensaba empeorar la situación haciéndole ver que opinión tenía de él.

Él lo supo. Sintió que había ganado y se relajó.

—Muy bien chico. Si yo te entiendo, eres joven. Pero si quieres historiales clínicos, nombres y papeles; tendrás que fabricártelos tú.

Parte IV

El director se llamaba Pierre y era un infeliz.

Ojo, no un imbécil, para ser imbécil necesitas unos mínimos que aquel tipo ni siquiera reunía. Necesitas, precisamente, poner algún interés a la hora de joder.

No, él era un infeliz. Un hombre tan pagado de sí mismo que no veía el tonelaje de mierda que pisaba. Un hombre tan ególatra que podía lloriquear por su lumbalgia mientras negaba atención médica a psicóticos empastillados hasta las orejas. Un hombre que no sabía siquiera que dirigir un hospital requiere algo más que “sí”, “aja”, “mmm”.

Un infeliz que no sabía cuál era mi formación, a que pacientes me había derivado ni quién coño era July.

Esto último sería pasable, de no ser porque ella llevaba más tiempo en su sanatorio que él. Porque era una paciente que nadie conocía, nadie sabía cómo había acabado aquí y, exactamente, por qué seguía ingresada.

Llamémoslo prurito profesional, o no. Cuando entras en un manicomio y no sabes si los locos lo dirigen o lo sufren, pues quizá el Estado debería hacer algo. Por supuesto, iba a elevar aquello a alguna instancia superior, además de rezar un par de ave marías y un soliloquio de blasfemias en mi cuarto.

Pero así es la vida en los monasterios: áspera.

Deambulaba rumiando todo esto cuando me la encontré, en el salón principal, sentada al lado de una radio vieja. Seguía con la venda negra del día anterior y un vestido diferente, de manga corta.

Fue así cuando vi por primera vez sus cicatrices. Desde la muñeca hasta donde la tela ocultaba la piel. Multitud de círculos grabados a fuego, probablemente de cigarrillos.

Aquello sí que era algo digno de estar en un expediente. Me la quedé mirando unos segundos, totalmente descolocado. ¿Qué le habían hecho a aquella chica?

July alzó la cabeza cuando me acerqué. Esperé a que me saludase y tardé unos segundos en darme cuenta de que no podía verme.

—Síntese doctor —pareció alegrarse de mi visita, una vez le hablé—. Debería haber alguna silla cerca.

—Claro. Pareces muy entretenida con este aparatejo —señalé la radio y, de nuevo, me sentí estúpido por el gesto.

—Bueno, ya le comenté que me aburría. Aquí, mi querida Élise —dijo con sorna— gusta de escuchar misas, cotilleos y cocinillas. Y de monopolizar el cachivache. Yo no puedo leer y —hizo un gesto, abarcando todo el lugar— aquí no hay nadie interesante.

Observé el salón. Tenía razón. La mayoría de los pacientes eran víctimas de lesiones cerebrales, trastornos paranoides y, el que menos, un señor que solo decía “esta lloviendo”. Ese y July, la última con ventaja, eran los que mejor estaban.

—¿Y las enfermeras? ¿No te hacen compañía?

—A veces, pero no es...no sé. Hablar con alguien que está trabajando es incómodo.

—¿Yo no estoy trabajando?

—Bueno, perspectiva. Usted trabaja conmigo, o en mí, aunque suene raro. Es diferente.

No dije nada, ¿qué iba a objetar? No me costó imaginarme la frustración que debía sentir.

—¿Por qué no intentas irte de aquí?

—¿Irme? —July no se inmutó en absoluto. Estaba algo más animada— ¿Irme por fuga o por alta?

—Cualquiera de las dos —susurré, divertido—. Si alguno de por aquí fuese capaz de establecer un plan de fuga...Bueno, yo apostaría por ti.

—Y haría usted mal —susurró, con burla—. Perder de vista a una ciega es un pecado imperdonable. Y, dado que el alta es imposible, pues aquí me quedo.

—No lo entiendo. ¿Por qué es imposible?

July no contestó, parecía evidente que había una barrera que no iba a cruzar. Por el raballo del ojo vi a Élise, que se paró con un corrillo de enfermeras.

—Mira —le señalé con un gesto. Al instante me sentí, no ya infeliz, sino imbécil.

—Bueno, escucha. Élise ha vuelto —Ella gruñó y amagó con levantarse—, Espera, ¿qué te parece si hacemos un trato?

—¿Un trato? —Dudó, con la mano en un bastón de madera— ¿Qué clase de trato?

—Un intercambio, de información concretamente —hice una pausa y ella no añadió nada—. Tu te aburres y yo necesito una paciente. Pero para tener una paciente necesito saber por qué es paciente. Así que yo te llevé el periódico a cada sesión y te lo leo.

—¿Y a cambio? —July se mordía el labio. Estaba nerviosa. Sabía lo que le iba a pedir, pero también sabía que se iba a pasar las próximas siete horas sentada, sola y aburrida.

—Se que no te gusta hablar de ti, así que seré generoso. Solo quiero saber por qué estás aquí.

July dudó, abrió la boca, la cerró y resopló.

—Maté a un hombre. Me volví loca y lo maté. ¿Le vale?

Iba a contestar, pero Élise vino a la mesa, se sentó y sintonizó otra emisora. Todo ello fingiendo que no estábamos allí. July se levantó y se fue, guiándose por su bastón.

Me quedé allí sentado, al lado de aquella celadora que había quitado la emisora a una ciega para, acto seguido, ponerse a leer un periódico. Hubo un silencio incómodo, para ella, que alargué con mi presencia.

Aquel lugar empezaba a interesarme.

Parte V

July me perforaba con la mirada, cosa harto difícil para alguien sin ojos. Era una capacidad suya, no sé si única o no, que me generaba admiración e inquietud a partes iguales.

—¿No lo crees? —sonreía con simpatía, era una mujer bonita, aún con aquella venda en el rostro— ¿No crees que Stalin deba construir su bomba?

—Bueno —Lo medité un segundo, a July le gustaba mucho que le diese juego. Cuanto más conseguía que se explayase, más fácil era que bajase la guardia y soltase algo de información sobre sí misma—. Suponiendo que eso significase una guerra nuclear y el fin de la vida, ¿no sería mejor vivir sometido que morir por un sistema que no va a poder implantar?

Hizo una pedorreta, pero no contestó al momento.

—Quizás. Pero jamás ocurriría.

—¿Pues?

—Parece mentira en usted, doctor —Ella se inclinó sobre la mesa, volviendo a hacer eso de mirarme sin ver—. ¿No se ha dado cuenta ya de que el hombre es un animal irracional?

—Es cierto —le concedí—. Pero quizás pueda mejorar. Hace unos días aprobaron la Declaración de los Derechos Humanos. ¿No te parece un paso?

—Un paso seguido de tres coces, quizá —se encogió de hombros, tanteando la mesa en busca de su taza—. Mira, por ejemplo, no puedes proclamar el derecho de la mujer como igual al hombre. Es una promesa vacía. Simple, Jean-Luc, la mujer no gobierna. No tiene poder. Casi no tiene voz. Vive enclaustrada entre la ignorancia y el aburrimiento. No tiene fuerza para doblarles el brazo. Es, por tanto, mentira. Piden confianza, como ladrones pidiéndote la cartera.

—A ti no te falta capacidad, te sobra aburrimiento —observé—. ¿No te has planteado presentarte a la presidencia de la República?

July río. Pero cuando se llevó el café a la boca vi un atisbo de tristeza.

—Usted es un idealista, doctor. Me temó que yo no le veo sentido a eso de la política.

—Sin embargo, mal que te pese, es un tema al que le das muchas vueltas.

Ella no quería hablar de sí misma. Yo le leía el periódico y comentábamos las noticias. Y de vez en cuando me daba un dato que apuntar en su expediente.

Parecía un método terapéutico poco eficaz. Llevábamos ya tres semanas y no había logrado que me contase nada sobre aquel hombre al que decía haber matado, ni de sus cicatrices.

Lo admito, era difícil, pero estaba funcionando. ¿Por qué? Bueno, psicología básica: la soledad es un veneno, la gente necesita confiar en aquellos que los tratan bien y, además, hablamos mucho de nosotros mismos.

July se había quedado en silencio, pensando. Había algo dando vueltas en su cabeza.

—Bueno —contestó, con un deje de indiferencia—, mi padre era un hombre muy inteligente, ¿sabes? El pobre hombre se había leído a Nietzsche y se pasó la vida con lo del dios cadáver y el supernosequé —hizo un ademán de desprecio con la mano—. Un idealista. Me apena decirlo, pero era un ingenuo.

—¿Por creer en el género humano? —inquirí, sin delatar el más mínimo interés por mi pequeño triunfo. Su progenitor iba a ir directo a mis apuntes.

—¡Ah! No, que va. Ese sería el camino natural de las cosas, si no nos matamos antes, claro —calló, algo nerviosa. No mucho, lo justo para que se lo notase. Al final habló con un tono extraño, como si confesase un pecado—. Por el Dios cadáver.

—¿Dios? —July era de todo menos creyente, o eso creía. Lo que no esperaba era su interés por la filosofía decimonónica—. ¿Lo de que Dios ha muerto?

—Dios, pero no...—Otra pausa, cerró los puños, frunció los labios y la parte del ceño que quedaba sobre la venda—No en ese Dios...Bueno, dejémoslo en que Dios no ha muerto.

—July —le reproché, con suavidad y una pizca de ironía—. Sea Dios, Yahvé, Alá o Lenin; son solo fantasías.

—Mire doctor —inspiró con fuerza, preparándose, como si cada palabra fuera a salir con espinas— Dios existe, pero no es pozo de amor, bondad, igualdad y democracia —dijo con sorna—. Dios es un ser oscuro, frío, siniestro y retorcido capaz de matar, mutilar, violar y desgarrar millones de vidas por entretenerse una tarde. ¿Creo en Dios? ¡Claro! —Ella, siempre tan serena, comenzaba a gesticular con una pasión mezcla entre ansiedad y terror—¿Y eso que significa? Que nuestra vida está en manos de un loco, ¡de un enfermo peor que el Führer! ¿No lo ves?

No esperó mi respuesta, tampoco la hubiera tenido. Aquel arranque me había pillado por sorpresa.

—Dios, Jean-Luc, es un demonio. Por eso Nietzsche no vale nada. Porque asume que Dios es benigno y puede ser “muerto”. Lo cierto es que su ateísmo no mata a ese ser. Y no puede haber superhombre, superperro o supergato con un diablo de titiritero —Terminó, con suavidad, con pena— ¿No lo ves? No hay libertad. Y sin libertad no hay nada. Solo humo. Solo miedo.

Esperé unos segundos, más para organizar mis ideas que para incitarla a seguir hablando. No entendía el porqué del arranque, pero estaba claro que era importante.

Y ella estaba ahí, justo enfrente, apartando una lágrima que había traspasado la venda. Y a mí eso me frustraba, quizá más de lo que podía permitirme.

Parte VI

Habían encontrado el cuerpo en el rellano de la escalera. La Gendarmería había precintado el lugar y prohibido el acceso a la tercera planta mientras no apareciera la forense. Pero, por algún extraño motivo, no habían podido, ni querido, impedir que unos cuantos deambulásemos por allí. Tan cerca del charco de sangre que solo podíamos ser calificados de morbosos.

Era desagradable. Uno de mis compañeros estaba atendiendo a la enfermera que lo encontró. Sufría un brote de nervios.

La observé. Era Élise, esa mujer algo mayor, regordeta y con una expresión de amargura que siempre me generaba una repulsa preventiva.

Ahora se tapaba la cara con las manos y lloraba a moco tendido, con una mezcla a caballo entre hipidos y ahogos. Le tocaba turno de noche y había ido a dar sus pastillas a un paciente, un hombre que sufría de algo que caminaba entre la esquizofrenia y la epilepsia.

Así encontró al director, tirado boca arriba, con un cuchillo de cocina clavado en la garganta.

El gendarme, un hombre alto y de mediana edad, nos tomó declaración a todos los profesionales del centro y nos pidió señas acerca de los internos. Yo le dije la verdad; estaba durmiendo hasta que los gritos me despertaron y tenía pacientes, pero muy poca información sobre ellos.

—¿Conoce a alguien que pudiera tener algo contra el Doctor Lampert?

Suspiré, no tenía sentido mentir, todo el mundo lo sabía y ocultarlo jugaría en mi contra. Además, yo no había hecho nada.

—Nadie en especial —Me sentí imbécil al decir eso, ¿cómo iba a formular ahora la frase sin que fuera un “nadie, salvo yo”? — Si que es cierto que hubo algún problema con la administración del centro. Yo mismo discutí con él a propósito de eso.

—¿Ah, sí? —Al inspector no le interesó un rábano mi “discusión”, pero se extendió largo y tendido sobre esos problemas de gestión.

Hacía frío, las noches de invierno, tras aquellas paredes de piedra casi desnuda, es lo que tenían. Estuve tentado de pedirle al agente unos minutos para vestirme, pero no creí que fuera a tardar demasiado.

Me preguntó más exhaustivamente por mis pacientes, por los problemas que hubiera generado el director y, por último, por mí.

—¿Y dice usted que discutió con la víctima? —No se me escapó el detalle de que el Doctor Lampert ahora fuese jerga policial.

—Así es. Había varias irregularidades en relación con los tratamientos, como ya le he comentado. Además, algunos expedientes estaban incompletos.

—¿Cuáles?

—Bueno —dudé un instante, pero ya no podía callármelo. Tampoco era importante—. El de July Zedric. Faltaba información acerca de ella, temas clínicos.

—Ajá. ¿Y que padece esa mujer?

—Pues...—me estaba dando cuenta de que acababa de poner un pequeño foco sobre July, que ya de por sí era el caso más atípico del hospital— Sospecho que se trata de algún tipo de trauma. Bueno —añadí, con la idea de apartar a aquel hombre de la muchacha—, lo cierto es que no hay mucho que sospechar, durante la guerra...bueno —fingí dudar, los policías eran, por regla no escrita, patriotas hasta el hipo, y las víctimas de la guerra eran siempre vistas con buenos ojos—, no me gusta dar detalles, pero dado el caso...Sospecho que fue torturada por los nazis.

—¿Sospecha o sabe? —La frialdad del agente me dio mala espina. ¿Estaba ante un hombre que no veía banderas hasta en los geranios? ¿En la gendarmería?

—Sospecho —admití, con una sensación incómoda. Me acordé de mi última conversación con July, de su dios-demonio que jugaba con los hilos del destino.

El hombre me dejó retirarme, casi más como una orden que como un permiso, y yo acaté sin dudarlo. Volví a mi cuarto, en aquella oscuridad, entre aquellas rocas duras, ásperas, lóbregas. Una sensación, una mala corazonada, me seguía con cada paso que daba.

Tuve miedo, no de un asesino que seguramente andaría cerca, no del inspector, ni siquiera de July, que me había admitido que estaba aquí por haber matado ya a un hombre. Tuve miedo del destino, de la luz de luna que entraba por las ventanas y parecía dibujar fantasmas en las sombras.

Tuve miedo por una chica que, aunque no terminaba de conocer, sabía que era una víctima.

Parte VII

July estaba como siempre, tras la mesa, ladeando la cabeza para que el sol le calentase el rostro.

—¿Conocías al director? —comenté de pasada, mientras sacaba el periódico.

—Conocía a Lampert, sí —El desdén fue más que patente.

—No pareces guardar buen recuerdo de él —comenté, asombrado. Daba por hecho que no se conocían, al menos él a ella.

—No, no lo tengo.

No añadió nada más, por supuesto. Aquella era su forma seca, simple y casi irritante de decirme que me metiera en mis asuntos. Pero ¿qué le importaba a ella Lampert? ¿qué tenía que ver con él? ¿por qué la evasiva?

Esperé un instante, pensando en cómo abordar aquello. Opté, más por intuición que por elevados cálculos técnicos, por ir al grano.

—July, ¿a quién mataste?

Ella no contestó, aunque tampoco pareció que le importara la pregunta. Seguía en la misma posición, con las manos en el regazo, tomando el sol.

Se hizo el silencio. No pensaba ceder en esta batallita. Habían pasado semanas y ya tenía un historial con demasiadas sospechas y muy pocas certezas.

Era una situación compleja que me llevaba a la táctica más vieja de la psicología: no abrir la boca. Cerrar el pico y esperar. La gente no soporta el silencio, les incomoda.

Pero July no era “la gente”, July era July. Y no contestó.

Así que habría que darle la vuelta: no preguntarle por el pasado, sino por el futuro.

—Tanto da —cedí—. Al final consigues que me sienta más cotorra que psicólogo.

—Doctor, ambas dos labores van de la mano —señaló, con una sonrisa pícaro.

—Gracias, July. ¿Sabes? —pregunté, como quien no quiere la cosa— Creo que no pintas nada aquí. ¿Por qué no buscamos algún sitio mejor?

—Yo...—Ahora sí que se sorprendió—. Yo no creo que deba irme. Además, no me dejarían.

—¿Por lo de ese asesinato? Bueno, no te preocupes, ambos sabemos que eres muy buena guardando información, solo yo tengo constancia de eso.

No respondió, ni siquiera me escuchaba. Estaba con la cabeza gacha, totalmente ensimismada en sus pensamientos.

—July, creo que estar aquí te hace mal —añadí—. Tú eres una mujer inteligente y capaz. Estas muy limitada por tu ceguera, pero hay maneras. Incluso podríamos conseguirte una pensión por tu servicio en la guerra —hice una pausa, ella parecía seguir en su mundo. Decidí ser más contundente—. Vives encerrada, no solo entre cuatro paredes, sino en ti misma. Tienes que hacer algo más. Tienes que salir de aquí, dejar de vivir anclada a ese pasado tuyo...

—Doctor —alzó la mano para interrumpirme— ¿Quién mató a Lampert?

Vacilé un segundo, sin entender a cuento de qué venía el director otra vez.

—No lo sé, la gendarmería lo estará investigando.

—Ya —pareció decepcionada, o más bien preocupada.

Ese ir y venir, con el cadáver de Lampert aún caliente, me dio mala espina. De hecho, me asustó bastante.

—July —Ella seguía igual, dándole vueltas a algo tras ese ceño fruncido— ¿Has sido tú?

—No, lo pensé, pero no fui yo.

—¿Cómo que lo pensaste?

—Si, lo pensé, cuándo...—apretó los puños, se mordió el labio y se recostó contra la silla. No iba a contármelo así como así.

—Va siendo hora de que dejes esta penitencia tuya —Ella enarcó las cejas, sorprendida— Si, July, es evidente que no tendrías que estar aquí. Tanto, como que hay algo en tú pasado que te tiene con barrotes, cadenas y —añadí recalcando cada sílaba— mordaza. Tú veras. Yo puedo ayudarte. De hecho, seguramente sea el único en este lugar que se lo piense seriamente. Pero —hablé con severidad— necesito que pongas de tu parte. Que confíes en mí.

—Yo, Jean-Luc, yo no...—negó con la cabeza, intentando no llorar—. Yo no puedo salir de aquí. No quiero. Tengo miedo, ¿no lo entiendes?

—¿A Dios?

Ella, de nuevo, no contestó.

—July, tienes miedo de intentarlo y de qué acabe mal, ¿verdad?

Asintió, masajeándose las sienes con pesadumbre. Nunca la había visto tan tensa.

No me había contado nada, pero no hacía falta. Aquella chica habría sufrido algo terrible al acabar la guerra. Como encajasen los dos muertos, Lampert y el desconocido, daba igual. Lo importante es que ella tenía miedo de intentar algo, de creer en algo, porque no se sentía capaz de volver a arriesgarse a ser vulnerable.

Ahí estaba la clave.

—Mira —quise sonar decidido, seguro. Necesitaba transmitirle esas dos cosas—, mañana hablaré con el coordinador. Has sido víctima y combatiente en la guerra, seguramente tengas derecho a una pensión —esperé su negativa, pero esta vez sí me estaba escuchando—. ¿Después de eso? Nada, no hay porque lanzarse en plancha a la piscina. Tendrás tiempo para pensarlo, una vez se tiene dinero se tiene libertad. ¿Te parece?

No contestó al momento. Parecía más relajada, sus mejillas volvían del rojo al blanco. Al final suspiró y asintió.

—Lampert era un nazi —lo soltó de pronto, sin más, sin anestesia. Sin apenas alterarse, como quien te cuenta que ha perdido un tren o le han cambiado al turno de noche—. Por su culpa acabé así. Era un agente doble que intentó infiltrarse en la Resistencia.

Parte VIII

July no se había callado nada. Por algún motivo que intuía pero que no acababa de tener claro, cosa harto habitual en mi profesión, la terapia empezaba a funcionar.

Me había contado como, siendo apenas una cría, el régimen de Vichy se había llevado a su padre, un banquero judío. Como se había quedado sola, en medio de una guerra mundial, y como había encontrado refugio, no en un sótano, sino en la lucha.

Se había unido a la Resistencia y había trabajado de enfermera y de soldado a partes iguales, formándose en ambas bajo los tiroteos, la metralla y el sigilo.

Me contó como fue el final de la guerra. Habló de los nazis, atrapados en el caos y el miedo, en el descontrol de la retirada. De cómo la habían capturado en su última operación, más por una excesiva confianza que por mérito del oponente.

También de lo que le hicieron, de cómo se lo hicieron. Y de por qué.

Resultaba que Pierre Lampert, nuestro querido director, había sido un nazi convencido. Se había unido al Reich en algún momento de la guerra, pero no debieron de requerirle hasta el final, cuando ya faltaban manos. Querían que sirviera de agente doble en la Resistencia, pasando información. Lo que no sabían era que Pierre era tan torpe que ni siquiera había sido capaz de localizarles.

Se había mantenido en un segundo plano hasta el colapso alemán, cuando las SS decidieron que era un traidor. Esto probablemente tuviese más que ver con la irracionalidad del miedo y la paranoia de la derrota que con el análisis sosegado de las capacidades del personaje.

Fuera como fuera, lo único que querían de July era el paradero de Lampert, cosa que ella no sabía. Y que no necesitaban en absoluto.

Así, todo lo que hicieron, lo que le hicieron, fue en balde. Sobrevivió de milagro, en un hospital de campaña de la Cruz Roja. Y acabó, con el devenir de los acontecimientos, encerrada aquí, bajo la dirección de Lampert. Y éste nunca se enteró. Nadie se enteró.

Era, efectivamente, para volverse loco. Para acabar creyéndose maldita, una marioneta bailando al compás de un titiritero mezquino y vil.

Tenía pasado todo a limpio apenas amaneció. No había dormido nada y llevaba ya varias horas vagando de sesión en sesión. Aún quedaba redactar un informe para el coordinador, que sustituía a Lampert, y ocuparme del resto del trabajo.

Ya hacía un par de días que me había decidido a hacer las maletas. Terminaría el caso de July y me iría a París. Estar aquí no era lo mío.

Era frustrante, casi corrosivo. Como si la locura pudiera filtrarse por las paredes de piedra desnuda, por las miradas tristes, por la impotencia total del sedante y las ataduras. Pacientes que nunca iban a recuperarse, gente con la que no podía más que paliar el sufrimiento.

En fin, nunca había sido un romántico de lo mío, pero no me imaginaba allí cinco, diez o quince años. Y eso era suficiente para largarme.

En la cafetería solo podíamos entrar los trabajadores y allí estábamos, todos en corrillos, chismorreando sobre Lampert. Todo el mundo, como viene siendo normal, estaba inquieto. Yo, particularmente, necesitaba ración doble de café.

La última novedad era la visita de los gendarmes a los pacientes. Ya llevaban unas horas en las habitaciones, haciendo preguntas.

—Jean-Luc —El coordinador, al que habían elegido para que hiciese de director mientras se gestionaba aquel caos, se acercó a mí con expresión preocupada— ¿Dónde estabas? ¡Tenías que estar presente mientras hablaban con July!

—¿Cómo? —balbuceé, aun calentando la leche— ¿Cómo que la han interrogado?

—¿No te avisó Elise?

La sensación que me provocaba recordar a aquella mujer estaba, más o menos, al mismo nivel que el olor a leche quemada.

—No, nadie me avisó. ¿Estuviste tú?

—Sí. No fue agradable —El hombre torció el gesto—. Deberías haberme notificado que esa mujer tenía delitos de sangre.

Me llevé la taza a la boca, para que no me viera la alarma en la cara. Me quemé la lengua, pero lo importante era July. Si ella había contado eso, lo cual no tenía ningún sentido, todo el plan para que la sacase de allí se había complicado.

—No me pareció importante —mentí—. Es muy reticente a hablar de su vida, creí que eran tonterías. Pero escucha, ¿qué fue lo que pasó?

—El inspector parecía tener información sobre ella. Demasiada, la verdad. —me miró, dubitativo, como si sospechara algo. Como si sospechara que yo sabía algo, más concretamente—¿Seguro que no hablaste con él?

—¡Pues claro! ¿Qué información tenía?

—Clínica —respondió, algo inquieto—. Acerca de paranoias sobre dioses demonio y nazis.

Lo miré de hito en hito.

—¿Y July qué dijo? —pregunté, temiendo la respuesta.

—Dijo... Bueno... —se rascó la cabeza, incomodo— Dijo que no había matado a Lampert, pero que le parecía un final fantástico para él. Y que no pensaba hablar —suspiró, agarrando su propia taza— con semejantes hienas. Jean-Luc, lo más probable es que pidan una orden al juez para llevársela.

Era una locura. ¿Cómo había podido pasar aquello? ¿Cómo se había desmoronado todo a esa velocidad? Si yo no le había contado nada la gendarmería y July tampoco, ¿cómo se habían enterado?

Entonces me di cuenta, y maldije en voz alta.

—Discúlpame, tengo que comprobar una cosa.

Salí a toda prisa, dejando el café humeando y al coordinador con la palabra en la boca. Solo había una forma de que el inspector supiera todo eso.

Una forma clara, contundente e irreparable. Mis notas, mis expedientes, mis papeles. Todo en lo que había estado trabajando aquella noche. Todo lo que había conseguido sacarle a July en aquellos meses.

Todo lo que, en ese instante, debería estar sobre mi mesa, en una carpeta, con mi bolígrafo negro encima.

Entré en la habitación como una exhalación, resoplando por el esfuerzo.

Y allí solo estaba mi bolígrafo.

Parte IX

Era imbécil. No podía no serlo. Era una conclusión lógica, una regla de tres. Si Lampert era un pazguato que no sabía dirigir su psiquiátrico con unos mínimos, ¿qué era yo, con los datos de mis pacientes al alcance de cualquiera? Llegados a ese punto, a aquel despropósito, ¿qué era yo?

Aquel detective, aquel tipo al que había hablado de July, había indagado, indagado e indagado. Y no encontró nada, ¿qué podía encontrar?

Pues mis apuntes. claro. ¿Qué hacía falta una orden judicial para requisarlos? Una mierda como el Estado de Derecho de grande. Allí había estado Elise.

Habían leído todo, desde su Dios Oscuro hasta su historia con Lampert. Pasando por el asesinato y sus cicatrices.

Una asesina que se volvió loca por culpa de un hombre. Un hombre que aparece con un cuchillo hundido en la garganta. Blanco y en botella.

Llevaban ya varios días merodeando sin sacar nada de nadie. Pero cuándo leyeron su historia, la que me había contado a mí, la que me había confiado a mí, fueron a verla. Y ella se negó a hablar, por supuesto. Tampoco creo que pudiese hacer otra cosa. Había creído en mí, en la esperanza, y el dios-demonio le había hecho una visita.

La idea, la imagen de tres gendarmes preguntándole por cosas que solo yo podía saber, se me quedaría incrustada como una costra, como una sombra que me seguiría hasta la tumba.

Los bomberos entraban y salían, unos evacuando personas y otros cargados de cubos. Todos con gesto cansado, aburrido. Era curioso como la rutina de algunos oficios se mezcla con el desgarrar de algunas vidas. Cómo aquellos hombres podían entrar a un incendio con cara de póker mientras yo me moría de impotencia.

De impotencia y de rabia. De una sensación que iba de la derrota a la irrealidad propia de la fiebre, y viceversa, hasta desesperarme. July no seguía viva, era

evidente. Poco antes de que empezase a arder el despacho de Lampert oímos un tiro. Uno, en una habitación en la que solo estaba ella.

Era culpa mía. Miré el humo, retorciéndose en el cielo como una serpiente, como si me susurrara la muerte. Como si me la certificara, compulsara y remitiera a algún punto palpitante entre las sienes.

¿Quién era July? Incluso en ese momento, especialmente en ese momento, entendí que no la había conocido de verdad. Nunca llegaría a saber a quién mató, si es que lo hizo. Nunca me contaría su vida lejos de las cuatro paredes de un hospital.

Y algo incluso peor. Pensar que no la había salvado, que quizás la hubiera empujado a aquel punto. Que le hicieran creer que yo, la única persona en la que había confiado, le traicionó.

Todo era en vano, todo era tirarse de los pelos, sentado en una esquinita, mientras la gente iba a y venía. Como una alucinación, como las nubes en el cielo, como la angustia, como el agua que ya empapaba la entrada.

Elise. ¿No estaba allí? Me quedé perplejo, plantado frente al pórtico de entrada. ¿Qué haría ahí dentro? No podía haber salido, todos estábamos a la vista, unos más cerca, otros más lejos. Pero estábamos.

A no ser... ¿estaría intentando salvar mis papeles? ¿Podría ser tan retorcida? ¿No había tenido ya suficiente?

En una situación normal me habría dado cuenta de que era una estupidez. Elise no podía ganar nada con eso. De hecho, quizá estuviera en comisaría, y yo sería un loco si me lanzaba al interior de un edificio en llamas.

Pero en aquel momento, si me quedaba allí sentado, mirando el humo, acabaría loco de verdad. Necesitaba correr. Correr a donde fuera o a lo que fuera. Incluso a un sin sentido.

Alguien me gritó algo, supuse que un bombero, pero entré tan rápido que nos les dio tiempo a reaccionar.

Corrí como una exhalación por los pasillos de roca gris. Allí poco podía arder, quizá por eso July había subido a la tercera planta. Para usar todos los papeles, en los que se enterraban en vida a tantos como ella, al modo de pira funeraria.

El cuarto de la celadora no era muy diferente al mío. Quizá algo más sucio, pero mucho más soso. Sin libros, fotos o cualquier cosa que transmitiese algo de humanidad, de vida propia. No tuve ningún reparo en hurgar en lo ajeno. Rebusqué por sus cajones, su armario, incluso debajo del colchón. Mis papeles no estaban ¿Se los habría llevado el gendarme? ¿Podía tener tanta desfachatez? E incluso así, ¿dónde estaba Élise?

Volví de nuevo al pasillo. Me sentía perdido. ¿Ir arriba? La idea, o la imagen de un cuerpo irreconocible, expulsó eso de mi cabeza, casi que con una arcada. ¿Salir y esperar fuera? Sería lo lógico, pero aquella impotencia, aquella sensación que me hacía desear arrancarme la piel a tiras, no podía quedar esperando entre el barro y la gente.

Tenía que encontrar a Élise. Tenía que decirle que era la rata más grande del continente.

La sala y las cocinas estaban abajo y allí me lancé. No había ninguna razón para que estuviese allí, pero tampoco la necesitaba.

Al pasar frente a la puerta de la capilla, que estaba clausurada desde antes de la guerra, tuve una corazonada. Nadie se queda cocinando en medio de un incendio y recordaba, con demasiada nitidez, a esa mujer quitándole la radio a July para escuchar sus misas.

Y la puerta estaba entornada.

Allí, a la luz de unas pequeñas ventanas, justo en frente del altar, colgaba el cuerpo de la celadora.

Quedé unos segundos petrificado. Bajo la imagen de un cristo crucificado, casi como si quisiera emularlo, aquella mujer se había ahorcado.

Había usado el palco del coro para atar una cuerda. La imagen me dio náuseas. Miré al suelo, intentando tranquilizarme. Intentando respirar, inhalar, exhalar. Entonces vi, en uno de los bancos, un sobre.

No debería hacer esto, me dije, debería avisar a alguien. Pero podía ver el humo subir al cielo, a través de las rendijas que hacían de ventanas. El humo y July, el cristo y Élise. Todo empezaba a importarme poco, como en un sueño. O, más bien, un delirio.

Cerré la puerta. Aquella capilla estaba en absoluto silencio, como si fuera no hubiese nadie, como si solo existiesen sus seis filas de bancos y el altar.

Supuse que sería sugestión, pero me sentía observado. Sentía una sensación de maldad, de aberración. El cadáver se balanceaba en el vacío como si alguien lo empujase. Cómo si ese movimiento sin causa quisiese decir algo con su sola presencia.

Al agacharme la miré. Sus ojos vidriosos se perdían en algún punto del techo.

Abrí la carta, el contenido era breve, pero tuve que leerlo varias veces.

“Yo maté a Pierre. Éramos amantes desde hacía años y me dejó por su mujer. Intenté culpar a la muchacha ciega para librarme. No esperaba esto. Es demasiado, lo siento”

Estaba sudando, hacía frío, pero era como si me hubiera dado de bruces contra una pared. July, de nuevo, era un daño colateral de Lampert.

Frente a mí, tras el cadáver, el cristo crucificado permanecía hierático, impoluto, indiferente. Era una forma muy curiosa de representar un martirio.

Toda aquella historia, desde el primer doctor hasta el último enfermo, había sido una farsa. Una burla representada por unos mediocres, yo incluido, sobre un teatro triste y barato. Todos éramos prescindibles, todos éramos anodinos. Menos July, precisamente ella, que ahora mismo era poco más que volutas de humo.

El humo que, tras la ventana, a un lado de la corona de espinas, trepaba por el aire. Se borraba y se reescribía. El humo se deformaba y se retorció.

Las letras de Dios, como siempre, escritas en sangre. Burlándose en un baile sutil.

Víctor González Gayol